
Introducción por
Jorge Julio Mejía M., S. J.

MENSAJE DEL PAPA A LOS OBISPOS BRASILEÑOS

Los antecedentes del mensaje

En el transcurso de un año pasaron por el Vaticano diez grupos de obispos del Brasil con el objeto de hacer la visita *ad limina*. Al culminar estas visitas, y a petición de los obispos brasileños, se realizó en Roma una reunión de tres días, en la que participaron el Papa, algunos de sus colaboradores de la Curia romana, los cardenales del Brasil, la presidencia nacional y los presidentes de las circunscripciones regionales de la Conferencia Nacional de los obispos del Brasil.

Dicho encuentro se dedicó a la profundización de la comunión de la Iglesia del Brasil con el Papa, especialmente en aquellos puntos en los que muchos elementos conspiraban para herirla o eliminarla. Fue una reunión que no se realizó a través de instancias canónicas, ni en un contexto institucional, sino que fue una reunión de hermanos, realizada en un clima de oración y reflexión, de caridad fraterna, de esperanza, de alegría, en la escucha recíproca y en el diálogo.

Los obispos del Brasil necesitaban aclarar las posibles nubes que podían oscurecer la comprensión por parte de Roma, de la manera como ellos estaban respondiendo a los retos pastorales que la evolución del Brasil impone a la vida de los obis-

pos, de los sacerdotes, de los religiosos y de los laicos. Era necesario superar las tensiones existentes a raíz de la forma como estaban encarando esos retos y permitir que fluyera, sin obstáculo ni malos entendidos, el dinamismo vital de la Iglesia particular hacia la Iglesia universal y de la Iglesia universal hacia la particular. Era, pues, necesario que se profundizara el conocimiento de una Iglesia por diferentes títulos digna de una mayor atención. La reunión constituía un gran gesto fraternal para una nación y además para toda la Iglesia.

El clima del encuentro fue descrito como de sinceridad, verdad, fraternidad y oración (cf. Comunicado final de la reunión, O. R. 17-18 marzo 1986).

Los temas sobre los cuales era necesario dialogar, hacer claridad, están sugeridos por el mismo Papa en su discurso de apertura de la reunión:

- El papel específico de la Iglesia del Brasil ante los retos del momento histórico de América Latina y especialmente del Brasil y de la Iglesia en el Brasil;
- La interpretación de las orientaciones con que cuenta la Iglesia Latinoamericana para cumplir su misión ante el momento histórico: las dos conferencias generales del Episcopado: Medellín en 1968 y Puebla en 1979. Estas orientaciones señalan un camino a la Iglesia en la misión que le corresponde en América Latina y particularmente en el Brasil, pero deben ser leídos “con el espíritu con el que fueron elaborados, sin violencias hermenéuticas, sin añadidos ideológicos, sin distorsiones” (Discurso de apertura del encuentro con los obispos del Brasil, No. 5).
- El tema incandescente de la “teología de la Liberación”, tema que aunque no era el central, no era realista pretender evitarlo. Analizar una teología que “purificada de elementos que podrían adulterarla, con graves consecuencias para la fe (. . .) es no solamente ortodoxa, sino necesaria” (idem. No. 6).

Una vez realizada la reunión, del 13 al 15 de marzo de 1986, dejó claros los siguientes puntos:

1. La diferencia en la personalidad de hombres y de pastores entre los reunidos, pero al mismo tiempo se evidenció que lo que más los une es el amor a Jesucristo y a la Iglesia;
2. La mayor libertad de expresión, dejando incluso que apreciaran las legítimas diferencias; los hermanos obispos se enfrentaron con sus hermanos en la búsqueda de la verdad, pero con respeto mutuo;
3. Clarividencia por parte de los obispos del Brasil para reconocer problemas, obstáculos, limitaciones y carencias;
4. La esperanza saludable y tonificante con la que se abordaron todos los puntos;
5. El deseo de una comunión más perfecta, afectiva y efectiva, que suscitó el diálogo en el cual la verdad no ofendió a la caridad, ni la caridad dispensó de la verdad. Diálogo entre los obispos brasileños y de éstos con la Curia romana que se comprometió a conocer, comprender y compartir las situaciones concretas y los retos de todo orden en medio de los cuales los obispos brasileños ejercen su ministerio. Por otro lado la curia manifestó el deseo y la necesidad de ser conocida, comprendida y ayudada por los obispos en el servicio que presta a la Iglesia universal.

Esta reunión fue, pues, un momento importante para poner fin a tensiones y malos entendidos entre la Curia romana y los obispos del Brasil. Al mismo tiempo en el contexto de este proceso que se acaba de señalar, hay que leer el importante mensaje que el Papa dirigió a los obispos del Brasil con ocasión de su Asamblea Anual realizada en Itaici.

El mensaje fue entregado por el Cardenal Gantin, quien asistió a la Asamblea para predicar un retiro. Los obispos brasileños, que escucharon emocionados este importante mensaje, entonaron al final de la lectura el Aleluya como acción de gracias.

Reproducimos a continuación el texto íntegro del mensaje tal como apareció publicado por el Instituto Bartolomé de las Casas, Rimac, Centro de Estudios y Publicaciones, el 18 de abril de 1986.

SEÑORES CARDENALES Y QUERIDOS HERMANOS EN EL EPISCOPADO, PAX VOBIS, ALLELUIA

1. Con este simple y sugestivo saludo, tan familiar a Jesús Resucitado (cf. Jn. 20, 19-21 y 26; Lc. 24-16), y con el augurio que conlleva, quiero comenzar este mensaje dirigido a ustedes y por su intermedio a toda la Iglesia del Brasil.

Después de nuestros encuentros individuales y colectivos, y después del encuentro de un grupo representativo del episcopado conmigo y con mis colaboradores de la Curia romana, esta afirmación de presencia quiere ser una tercera etapa y el coronamiento de la Visita *ad limina*, acontecimiento eclesial que durante catorce meses marcó la vida del Episcopado y de la Iglesia en el Brasil. En la forma en que fue desarrollada, por iniciativa común de ustedes y mía, la Visita *ad limina* fue un ejercicio altamente expresivo de una auténtica colegiabilidad afectiva y efectiva, conjugada armoniosamente con el ejercicio correlativo del *ministerium Petri*. La caridad fraterna que reinó en ella, unida a la búsqueda incesante de la *verdad*, inspiró un diálogo no superficial sino profundo y coherente, diálogo que deseó ser, en todo momento, instrumento de aquella *comunión* que desde los comienzos de la Iglesia y a lo largo de toda su historia, pero de modo especial en los documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II, aparece como elemento esencial de la misma Iglesia de Jesucristo.

Ciertamente útil a cada uno de ustedes y a la Conferencia Episcopal que juntos constituyen. La Visita *ad limina* así realizada fue y continuará siendo un inestimable servicio a la Iglesia en el Brasil y, por extensión, a las otras Iglesias y a la Iglesia universal; un servicio, aunque indirecto, a la sociedad brasilera y, por extensión, a toda la familia humana.

2. Sería superfluo señalar, por sus destinatarios, por el contexto en el que se inscribe y por su temática, que este mensaje tiene un sello marcadamente eclesial: es la conclusión de un acto eclesial, como es la Visita *ad limina*; se dirige a hombres consagrados a la Iglesia como sus ministros y pastores; y tocará puntos de considerable interés para la vida y la misión de la misma Iglesia.

Parte, por tanto, de una precisa percepción eclesiológica, la del Concilio Vaticano II y ya por esta razón, responde a necesidades y anhelos claramente sentidos. Pues ¿no fueron ustedes mismos, los que en las diferentes etapas de la Visita *ad limina* dieron un fuerte énfasis a la eclesiológica, afirmando explícitamente que en el fondo de los problemas más serios, que enfrentan como obispos, hay una cuestión eclesiológica y que la solución de los mismos problemas pasa forzosamente por una justa y bien fundada concepción de la Iglesia?

Consciente de eso, sentí mi deber acentuar, en todos nuestros encuentros, los rasgos fundamentales de la verdadera Iglesia de Jesucristo, rasgos afirmados con la claridad necesaria por el Magisterio ordinario y extraordinario de la misma Iglesia particularmente por los documentos del Vaticano II y por el *sensus fidelium*.

La Iglesia es, antes que todo, un misterio —este es el primer rasgo—, respuesta a un Designio amoroso y salvífico del Padre, prolongación de la misión del Verbo Encarnado, fruto de la acción creadora del Espíritu Santo. Por eso, no puede ser definida e interpretada a partir de categorías puramente racionales (sociopolíticas u otras), producto de un saber meramente humano, forma parte de su misterio el ser Santa, aunque formada por pecadores; peregrina, contemplativa en la acción y activa en la contemplación; escatológica, primicia del Reino pero todavía no en su plenitud y consumación, mutable en sus accidentes, e inmutable en su ser y su misión.

Tal misión —es el segundo rasgo a señalar— *es la de evangelizar*, esto es, de prestar al mundo el misterio de la Salvación, mediante el *dialogus salutis* instaurado con ella (cf. Encíclica *Ecclesiam Suam*, del Papa Paulo VI). Esencialmente religioso porque nace de una iniciativa de Dios y se orienta al Absoluto de Dios, el *ministerium salutis* es al mismo tiempo servicio a los hombres —personas y sociedad—, a sus necesidades, a su convivencia humana y civil.

Por eso mismo forma parte de la misión de la Iglesia preocuparse, de cierto modo, de las cuestiones que conciernen a los hombres, del nacimiento a la muerte, como son las sociales y las sociopolíticas. Son condiciones de justicia en el ejercicio de esta parte delicada de su misión, entre otras: una distinción nítida entre lo que es la función de los laicos, comprometidos por vocación específica y carisma en las tareas temporales, y lo que es la función de los pastores, formadores de los laicos para sus tareas; la conciencia de que no le cabe a la Iglesia como tal indicar soluciones técnicas para los problemas temporales, sino iluminar la búsqueda de esas soluciones a la luz de la fe; una praxis en el campo sociopolítico debe mantenerse en perfecta coherencia con la enseñanza constante del Magisterio.

3. En este sentido, la Iglesia se encuentra, en el Brasil como en otras regiones, sobre todo de América Latina, ante formidables *desafíos*. Ella tiene conciencia de sus limitaciones y carencias para enfrentarlos; pero no cesa de confiar en que, para eso, cuenta con la ayuda del Espíritu del Padre y de Jesucristo. Razón por la que no pierde jamás la Esperanza teologal.

Algunos de estos *desafíos* son *de orden eclesial* y de varios de ellos traté, con la más fraterna confianza, en mis alocuciones a varios de los grupos

de ustedes que vinieron *ad limina Apostolorum*, animándolos a no perderlos de vista y a buscar con decisión y paciencia, las soluciones posibles. Me refiero a la escasez de sacerdotes, religiosos y agentes pastorales, a la adecuada formación de los futuros ministros ordenados, a la amenaza para la fe de parte de sectas fundamentalistas o no cristianas, a la catequesis, a los problemas que se abaten sobre la familia y la juventud, al peligro de eclesiologías distanciadas de aquella que enseña el Concilio Vaticano II, etc. Vuelvo a animarlos, queridos hermanos obispos, con renovada seguridad, apoyado en algunas convicciones ya antiguas en mi ánimo, *reforzadas ahora por la misma visita ad limina*:

— La convicción de que este pueblo confiado por Dios al pastoreo de ustedes es habitado por una auténtica hambre y sed de Dios, de su palabra, de sus misterios sacramentales, de las verdades esenciales de la fe, realidad que él expresa a su modo, en su piedad popular; además su espíritu visceralmente cristiano y católico tiene un profundo sentido del misterio de la Cruz, una gran devoción a la Eucaristía, un gran amor filial a la Madre de Jesús, un sentimiento de reverencia para con el Sucesor de Pedro, cualquiera que sea su persona y su nombre; eso es como no me cansé de observar a lo largo de mi peregrinación por este país, una fuerza grande de la Iglesia, fuente de consuelo para los que la gobiernan como Pastores. Tal fuerza sería todavía mayor si esas riquezas fueran continuamente consolidadas por una liturgia viva y bien ordenada, por una práctica sacramental bien orientada, por una catequesis acertada, por una inmensa atención a las vocaciones, que ciertamente han de surgir.

— La convicción de que, a pesar de las carencias mencionadas, este pueblo conserva, por gracia de Dios, las semillas del Evangelio, lanzadas desde los inicios de la evangelización por esforzados y devotos misioneros; la obra de esos apóstoles no se eclipsa ni aun en el momento en que la Iglesia de este país continúa en su afán de tener su fisonomía propia, de contar con sus propios recursos y hasta de extender la mano a las Iglesias más necesitadas.

— La convicción de que ustedes y sus colaboradores natos en el servicio pastoral, a los ojos de la Iglesia universal y del mundo dan el testimonio de ser Pastores extraordinariamente cercanos a su gente, solidarios en la alegría y en el dolor, listos a educar en la fe y a cuidar su vida cristiana, como a ayudar en las necesidades y compartir sus aflicciones y esfuerzos, a infundir esperanza.

En este terreno, es más que justo expresar gratitud sincera a innumerables obispos y sacerdotes, religiosos y religiosas, personas consagradas y

laicos comprometidos que, en toda la historia de esta Iglesia —pero me refiero de manera especial a los tiempos más recientes— dieron prueba de admirable celo apostólico, de abnegación y espíritu de sacrificio, de extremado amor a su gente, de incomparable capacidad de servir desinteresadamente. Que continúen numerosos, y que aun aumenten esos ministros según el Corazón de Cristo, Sacerdote y Buen Pastor, y esos colaboradores, es la gracia mayor que Dios puede conceder a una Iglesia. Y que para eso, se atienda constantemente a la formación permanente de los ministros ya ordenados; a la cuidadosa preparación, en los seminarios, de los candidatos al presbiterado; al entrenamiento de los diáconos permanentes; a la formación de los jóvenes candidatos y candidatas a la vida consagrada a la luz de la visión propuesta por la Iglesia; a la formación humana, espiritual, apostólica de los laicos dispuestos a servir al Evangelio.

Otros *desafíos* son de naturaleza cultural, sociopolítica o económica y se revelan particularmente interpeladores y estimulantes en el momento histórico que el país está viviendo. Es, globalmente hablando, el *desafío* del contraste entre dos Brasiles: uno, altamente desarrollado, pujante, lanzado hacia el progreso y la opulencia; otro, que se refleja en desmesuradas zonas de pobreza, de enfermedad, de analfabetismo, de marginación. Ahora bien, este contraste castiga con sus tremendos desequilibrios y desigualdades a grandes masas populares condenadas a toda clase de miseria.

Problemas tan graves como estos no pueden ser ajenos a la Iglesia, al menos por los aspectos éticos que ellos comportan, como causa o como efecto de situaciones materiales. Pero también en este terreno, la Iglesia conducida por ustedes, obispos del Brasil, da muestras de estar con este pueblo, especialmente con los pobres y los que sufren, con los pequeños y los abandonados, a los que ella consagra un amor, no exclusivo ni excluyente, sino preferencial. Porque ella no duda en defender con audacia la justa y noble causa de los derechos humanos ni en apoyar reformas valientes, en vista de una mejor distribución de bienes, inclusive de la tierra, en vista de la educación, de la salud, de la vivienda, etc., ella goza del aprecio y la confianza de amplios sectores de la sociedad brasileña.

Muy conscientes de que no pueden abdicar de su específica misión episcopal para asumir tareas temporales. Ustedes lamentan, por otro lado, la escasez inquietante de laicos débidamente preparados para asumir esos últimos *desafíos*. Pero sé que puedo mantener vivo el llamado que tuve ocasión de reiterar en el transcurso de la Visita *ad limina*, para que una prioridad importante e impostergable en la acción de ustedes sea la de *formar laicos*, ya sea entre los “constructores de la sociedad pluralista” (cf. Documento de Puebla, IV parte, capítulo III), ya sea entre las masas populares, ya sea en los ambientes de trabajadores obreros y rurales, como entre los jóvenes, siempre en vista de su presencia activa en tareas

temporales. *Formar laicos* significa permitirles adquirir una verdadera competencia y capacidad en el campo en el que deben actuar; pero significa, sobre todo, educarlos en la fe, y en el conocimiento de la doctrina de la Iglesia en aquel mismo campo.

4. Es en el contexto de esa realidad humana y eclesial, con sus *desafíos*, que ustedes son llamados a ser Pastores en el Brasil hoy. Tarea inmensa. Tarea provocadora y fascinante. Tarea posible, con la ayuda de Dios.

Inspirándome en la rica y profunda enseñanza del Concilio Vaticano II, más de una vez busqué definir esa tarea. Y lo hice de manera especial, en el discurso que les dirigí en Fortaleza, en el momento culminante de mi inolvidable viaje al Brasil. Quise hacerlo también, en posteriores ocasiones, en los nueve discursos dirigidos a los grupos regionales venidos en *Visita ad limina*.

En esa tarea —que deriva de un misterioso *llamado* de Dios, responde a una *misión* dada por Dios y se apoya en la *gracia de Dios* conferida por el sacramento del Orden— no pueden faltar algunos aspectos esenciales, debidamente aplicados a las condiciones concretas de la realidad humana y eclesial brasilera.

Dios nuestro Padre y Jesucristo nuestro Señor esperan, espera la Iglesia del Brasil con sus presbíteros, sus religiosos y religiosas y personas consagradas, y sus laicos de toda condición, espera, en cierta medida, todo el pueblo brasilero que cada uno de sus obispos sea:

— *Convencido y convincente proclamador de la Palabra de Dios*, y por eso mismo, *educador en la fe, siervo y maestro de la Verdad revelada*, especialmente de la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre;

— *Constructor de la Comunidad eclesial* y al mismo tiempo *signo y principio visible de la comunión continuada* que debe ser el alma de esa comunidad, sobre todo en medio de fermentos de división y peligros de ruptura, conflictos y amenazas de desgarramientos.

— *Ejemplo de verdadera unidad* con sus hermanos sacerdotes y con sus fieles en el seno de la Iglesia Particular; con sus hermanos obispos en el seno de la Conferencia Episcopal y de la Iglesia universal; con el Sucesor del Apóstol Pedro y con su ministerio de servicio a la catolicidad;

— *Perfeccionador* de sus sacerdotes y personas consagradas, por la enseñanza y por el testimonio de su vida, y *dispensador de los misterios de santificación* a través de los sacramentos para todos los fieles, sin discriminación;

— *Pastor y guía del pueblo a él confiado*, por los caminos de la vida y en medio de las realidades de este mundo, hacia la salvación.

— *Padre espiritual para todos*, especialmente para los más necesitados de orientación y ayuda, de defensa y protección.

5. Teniendo delante de los ojos esas indeclinables exigencias de su servicio episcopal, ustedes se han esforzado, sobre todo en los últimos años, por encontrar *respuestas justas* a los *desafíos* antes señalados, siempre presentes, ellos también, en su espíritu. La Santa Sede no ha dejado de acompañarlos en estos esfuerzos como hace con todas las Iglesias. Manifestación y prueba del interés con que comparte esos esfuerzos son los numerosos documentos publicados últimamente, entre los cuales están las dos recientes Instrucciones emanadas de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con mi explícita aprobación: una, sobre algunos aspectos de la teología de la liberación (*Libertatis nuntius*, del 6 de agosto de 1984); otra sobre la libertad cristiana y la liberación (*Libertatis conscientia*, del 22 de marzo de 1986). Estas últimas, dirigidas a la Iglesia universal, tienen, para el Brasil, una innegable relevancia pastoral.

En la medida en que se empeña por encontrar aquellas *respuestas justas* — *imbuidas de comprensión* para con la rica experiencia de la Iglesia en este país, tan *eficaces y constructivas* como es posible y al mismo tiempo *consonantes y coherentes* con las enseñanzas del Evangelio, de la Tradición viva y del permanente Magisterio de la Iglesia—, estamos convencidos, nosotros y ustedes, de que la teología de la liberación es no solo oportuna sino útil y necesaria. Ella debe constituir una nueva etapa —en estrecha conexión con las anteriores— de aquella reflexión teológica iniciada con la Tradición apostólica y continuada con los grandes Padres y Doctores con el Magisterio ordinario y extraordinario y, en la época más reciente, con el rico patrimonio de la Doctrina Social de la Iglesia en los documentos que van de la *Rerum novarum* a la *Laborem exercens*.

Pienso que, en este campo, la Iglesia del Brasil puede desempeñar un papel importante y delicado al mismo tiempo: el de crear un espacio y condiciones para que se desarrolle, en perfecta sintonía con la fecunda doctrina contenida en las dos citadas *Instrucciones*, una reflexión teológica en plena adhesión a la constante enseñanza de la Iglesia en materia social y, al mismo tiempo, apta para inspirar una praxis eficaz en favor de la justicia social y de la igualdad, de salvaguarda de los derechos humanos, de construcción de una sociedad humana basada en la fraternidad y la concordia, en la verdad y en la caridad. De este modo se podría romper la pretendida fatalidad de los sistemas —incapaces, uno y otro de asegurar la liberación traída por Jesucristo—, el capitalismo desenfrenado y el colectivismo o capitalismo de Estado (cf. *Libertatis conscientia*, nn. 10 y 13). Este papel, de cumplirse, será ciertamente un ser-

vicio que la Iglesia puede prestar al país y al casi-continente latinoamericano, como también a muchas otras regiones del mundo donde se presentan los mismos *desafíos* con análoga gravedad.

Para cumplir ese papel es insustituible la acción sabia y valerosa de los pastores, esto es, de ustedes. Dios los ayude a velar incesantemente para que aquella correcta y necesaria teología de la liberación se desarrolle en el Brasil y en América Latina de *modo homogéneo y no heterogéneo* con relación a la teología de todos los tiempos, en plena fidelidad a la doctrina de la Iglesia, atenta al amor preferencial no excluyente ni exclusivo por los pobres.

6. En este punto es indispensable tener presente la importante reflexión de la Instrucción *Libertatis conscientia* (nn. 23 y 71) sobre las dos dimensiones constitutivas de la liberación en su concepción cristiana:

Ya sea en el nivel de la reflexión como en su praxis, la libertad es, antes que todo, *soteriológica* (un aspecto de la Salvación realizada por Jesucristo, Hijo de Dios) y después *ético-social* (o *ético-política*). Reducir una dimensión a otra —suprimiendo prácticamente a ambas— o anteponer la segunda a la primera es subvertir y desnaturalizar la verdadera liberación cristiana. Es deber de los pastores, por lo tanto, anunciar a todos los hombres, sin ambigüedades, el *misterio de la liberación* que se encierra en la Cruz y en la Resurrección de Cristo. La Iglesia de Jesús, en nuestros días como en todos los tiempos, en el Brasil como en cualquier parte del mundo, conoce una sola sabiduría y una sola potencia: la de la Cruz que lleva a la Resurrección (cf. 1, Cor. 2, 1-5, Gál. 6, 14). Los pobres de este país, que tienen en ustedes, a sus pastores, los pobres de este continente son los primeros en sentir la urgente necesidad de este evangelio *de la liberación radical e integral*. Ocultarlo sería defraudarlos y desilusionarlos.

Por otro lado, ustedes —y con ustedes, toda la Iglesia del Brasil— se muestran dispuestos a emprender, en su propio sector, y en la línea del carisma propio, todo aquello que deriva, como consecuencia, de la liberación soteriológica. Es, además, lo que la Iglesia, desde sus principios, siempre procuró realizar a través de sus santos, sus maestros y sus pastores y por medio de sus fieles comprometidos en las realidades temporales. Permítanme, Hermanos en el episcopado, que, con plena confianza, los invite a una tarea menos visible pero de alta relevancia, además de estar profundamente conectada con nuestra función episcopal; la de educar para la liberación, educando para la libertad (cf. *Libertatis conscientia*, nn. 80, 81 y 94). *Educación para la libertad* es infundir los criterios sin los cuales esa libertad se volvería una quimera, si no una peligrosa falsificación. Es ayudar a reconquistar la libertad perdida o a curar la libertad cuando está adulterada o corrompida. Educadores en la fe, como nos llama el Concilio Vaticano II, nuestra tarea consistirá también en educar para la libertad.

7. Entrego ahora este mensaje en las manos de mi estimado hermano Cardenal Bernardin Gantin, Prefecto de la Congregación que, en la Curia romana, se dedica, con ejemplar disponibilidad, a asistir a todos los obispos en su ministerio a las Iglesias y a colaborar con el obispo de Roma en su función de "confirmar a los hermanos". Invitado por ustedes a animar un día de retiro espiritual, en el marco de la asamblea general de esta Conferencia Episcopal, él tendrá la bondad de decirles, de viva voz y con el calor de su presencia, con qué sentimiento de sincero aprecio y fraternidad fue escrito este mensaje; aquellos mismos sentimientos que, de mi parte, inspiraron y animaron los encuentros realizados durante la Visita *ad limina*.

Evocando aún, en mi ánimo, aquellos encuentros, de modo especial el encuentro del 13 al 15 de marzo p. p., con algunos de ustedes, me viene espontáneo el sentimiento de tener con ustedes una nueva y más profunda forma de colegialidad: después de esta Visita *ad limina*, el Papa y sus colaboradores ciertamente conocen mejor estas realidades que son la Iglesia en el Brasil y su Episcopado. Ellos esperan haberse vuelto también más y mejor conocidos.

Deseo permanecer en contacto constante con ustedes y participar, *in vinculo fraternitatis*, de todas las importantes y exigentes tareas de su labor pastoral: en contacto especialmente, cuando esas tareas pesen un poco más sobre sus hombros.

Les pido por mi parte, su oración por mí, especialmente en la Eucaristía, para que el nombre de *servus servorum Dei*, dado por San Gregorio Magno a la misión pontifical, sea en mí una verdad.

En la persona del mismo Cardenal Gantin quiero estar reunido con ustedes a los pies de Nuestra Señora Aparecida. Seamos todos juntos, en torno a la Madre del Sumo Sacerdote Jesucristo, la imagen de los apóstoles, de los cuales, somos sucesores, congregados con María en la expectativa del don del Espíritu de la verdad y de la caridad. Que este Espíritu los haga vigilantes pastores de las queridas comunidades eclesiales del Brasil y ministros de la salvación para toda la comunidad humana brasileira.

Al término de este mensaje y en conclusión de la memorable Visita *ad limina*, me resta transmitirles, dilectos hermanos obispos, como lo hago con placer, la bendición apostólica prenda de las bendiciones divinas que imploro para sus personas y su ministerio episcopal. Quieran ustedes, a su vez, comunicarla a toda la Iglesia en el Brasil, destinataria también de este mensaje: a los sacerdotes cooperadores del orden episcopal; los diáconos permanentes, numerosos, dedicados, y activos en varias diócesis de ustedes; a los seminaristas en un momento decisivo de su itinerario hacia el presbiterado; a todas las personas consagradas, sean és-

tas entregadas a la oración, al silencio o a la penitencia o dedicadas a la educación, al servicio de los enfermos y de los pobres o a las diversas obras de evangelización; a los laicos comprometidos en los movimientos y asociaciones, en las comunidades eclesiales de base, en los ministerios extraordinarios y en los más diversificados servicios a la Iglesia. A los laicos comprometidos, como hijos de la Iglesia y en nombre de su fe, en las tareas temporales; a los laicos que, por algún motivo, están poco activos, para que se sientan estimulados a tomar su lugar en la Iglesia y el mundo. A los que están apartados para que vuelvan a la práctica de su vida cristiana y católica; a los que dudán y buscan el camino, para que no les falte la luz y la fuerza; a los jóvenes y niños, tan numerosos en su país y tan merecedores de atención, porque son la esperanza y el futuro de esa nación y de la Iglesia y porque se enfrentan a tantos problemas y amenazas; a todos en fin, especialmente a los pobres, a los que sufren y lloran, para que Dios sea todo en todos.

Johannes Paulus PP. II
Vaticano, 9 de abril de 1986.